

Año LXXXIII. urtea

282 - 2022

Enero-abril

Urtarrila-apirila



Príncipe de Viana

SEPARATA

Evocaciones –antiguas y
modernas– del padre Ángel
Martínez Baigorri, S. J.

Aita Ángel Martínez
Baigorri S. J.ri buruzko
oroitzapenak –zaharrak
eta berriak–

Sumario / Aurkibidea

Príncipe de Viana

Año LXXXIII • n.º 282 • enero-abril de 2022
LXXXIII. urtea • 282. zk. • 2022ko urtarrila-apirila

ÁNGEL EN EL RECUERDO. Homenaje al padre Ángel Martínez Baigorri, S. J. en el 50 aniversario de su fallecimiento (1971-2021) /	
ÁNGEL OROIMENEAN. Aita Ángel Martínez Baigorri S. J. hil zeneko 50. urteurrenean (1971-2021)	
Carlos Mata Induráin (coord./koord.)	
Presentación / Aurkezpena	
Carlos Mata Induráin	9
Evocaciones –antiguas y modernas– del padre Ángel Martínez Baigorri, S. J. Aita Ángel Martínez Baigorri S. J.ri buruzko oroitzapenak –zaharrak eta berriak–	21
Presencia de la poesía de Ángel Martínez Baigorri en la historia literaria de Navarra desde 1970	
Consuelo Allué Villanueva	69
Ignacio Ellacuría y Ángel Martínez en diálogo epistolar	
José Argüello Lacayo	87
Una aproximación al poemario <i>Ángel en el País del Águila</i> (1954) de Ángel Martínez Baigorri: génesis, estructura y temas	
Carlos Mata Induráin	107
El fondo documental del padre Ángel Martínez Baigorri en el Archivo Contemporáneo de Navarra	
M.ª Teresa Sola Landa	147
LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS DEL AÑO 2021 / 2021eko LANAK ETA EGUNAK	
Tesis doctorales sobre temática navarra de ciencias humanas, sociales y jurídicas, leídas en 2021 (Según la Base de datos Teseo del Ministerio de Educación)	
	169

Sumario / Aurkibidea

Nafar literaturak 2021ean zer ekarri duen euskaraz Ángel Erro Jiménez	173
Autores navarros en castellano, año 2021 Mikel Zuza Viniegra	177
Una exposición temporal para una colección permanente Mireya Martín Larumbe	181
Con las botas puestas Marga Gutiérrez Díez	189
I Jornadas sobre Videojuegos y Creación Digital en Navarra Ana Herrera Isasi	203
Máster en «Prácticas artísticas y estudios culturales: cuerpo, afectos, territorio». Necesidad y deseo hechos realidad Amaia Arriaga, Nerea de Diego	209
Noticias sobre etnografía, folclore y cultura tradicional en 2021 David Mariezkurrena Iturmendi	217
Discurso Premio Príncipe de Viana 2021 Teresa Catalán Sánchez	223
Teresa Catalán Alicia Ezker Calvo	227
Currículums	243
Analytic Summary	247
Normas para la presentación de originales / Idazlanak aurkezteko arauak / Rules for the submission of originals	249

Evocaciones –antiguas y modernas– del padre Ángel Martínez Baigorri, S. J.

Aita Ángel Martínez Baigorri
S. J.ri buruzko oroitzapenak
–zaharrak eta berriak–

DOI: <https://doi.org/10.35462/pv.282.2>

Medallón de Ángel¹

Pablo Antonio Cuadra

Escritor, crítico y artista nicaragüense
(Managua, 1912-Managua, 2002)

Soledad de varón henchida y plena

Luis Rosales

Difícilmente se logra el mestizaje del ángel. Traerlo adentro. A la sangre. A la raíz del suspiro. Cruzarlo. Cruzar el rumor de sus alas —el vuelo— con el latido. Sobre todo: poder encontrarlo siempre, sin que se fugue, descuidado, ¡a la orilla del amor! Pero este hombre tiene luz en las manos preparadas. Toma a Cristo como sacerdote y el ángel —dócil ya— se le entrega. Leed un poema suyo. Deja una huella en el aire. Plumas. He hablado mucho con él y lo lleva. Sin jaula. Sí, lo lleva. Como un pájaro silencioso, feliz de su soledad. Yo sé que van a surgir poetas del Colegio Centro América; esto es seguro. Ángel es profesor del misterio. («Profesor de Literatura», le dicen. ¡Pero no! Nada más el Ángel anuncia en clase. Y «el verbo se hace carne»).

Entre libros, papeles, paredes silenciosas, plumas humanas (de escribir) un ángel S. J. vuela, revuela, de las vocales a las consonantes, de la prosa al verso, «del uno al dos, del dos al tres...». De repente, un portazo. —¿Está el Padre Ángel? Nadie contesta. El viento hace girar, volar un papel, dos papeles. Los libros se alborotan. ¡Allí está!... En un poema en cualquier parte. La seña de un libro. Una raya de lápiz señalando un párrafo. Una estampa. ¡Allí está! ¿Dónde? «Ningún hombre es visible», ha dicho Raimundo Lulio².

1 Tomo el texto de Ángel Martínez Baigorri, *Poesías completas I*, ed. de Emilio del Río, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 55-56, donde se lee: «(N. B. Debe de ser de fines de 1941)».

2 En la c. 17 de Coronel, enero 1942, dice: «También el lindo medallón de Pablo Antonio (que no es medallón sino apunte) pinta al Ángel de luz, de claridades, de plumas nevadas (como nevada de besos), que Ud. mismo contrapone al Ángel de sombra», «Me alegro que haya escrito esa cosa leve y fina para Ud.» [Nota del padre Emilio del Río en el original].

Ángel Martínez, poeta esencial (fragmento)³

Ignacio Ellacuría, S. J.

Teólogo, filósofo y escritor jesuita
(Portugalete, 1930-San Salvador, 1989)

La poesía del P. Ángel es, efectivamente, poesía moderna en múltiples sentidos, como necesariamente debe serlo cualquier poesía actual y no por el mero hecho de llevar una fecha reciente. No es del caso estructurar aquí una teoría del poeta y del artista moderno porque no queremos establecer filiaciones, sino presentar realidades. En lo que al P. Ángel respecta, su poesía es moderna por la autenticidad con que afronta los temas capitales y dolorosos del hombre en nuestro tiempo, y por la sinceridad con que se aprovecha de las purificaciones estéticas y técnicas que el arte moderno ha ido ganando desde el final del romanticismo hasta nuestros días. Pero, a su vez, es poesía sin tiempo –como gusta de apellidarla el mismo poeta–, y aun sin espacio, porque a fuerza de ahondamiento se trasciende hasta donde le es dado al hombre, lo que nos minimiza en momentos vacíos y en situaciones excesivamente locales; es poesía intemporal e inespacial en cuanto está alimentada con lo permanente y lo universal de los mejores poetas de las distintas literaturas: Horacio, Dante, fray Luis de León y san Juan de la Cruz, Shakespeare, Quevedo y Góngora, Hopkins y Claudel, Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez... Lo es, asimismo, porque su propósito es hundirse allí donde todos los hombres se unifican y desaparecen los adjetivos diversificantes: «Todos los libros estarán en mi libro, para el que me lea por dentro [...]. Pero es porque en mi vida viven todos». Resonancias y voces que no se restringen al grupo que se acostumbra a clasificar como de poetas, sino que se extienden a través de una serie muy larga de valores culturales, especialmente filósofos y teólogos: san Agustín, santo Tomás, san Buenaventura, Aristóteles, Platón, Suárez, Kant, esencialistas, vitalistas, existencialistas... Y esa es otra de las características de la personalidad y la poesía del P. Ángel Martínez: su enorme capacidad para personalizar y vitalizar una extraordinaria serie de lecturas y estudios, logrando mantener ese difícil equilibrio entre la máxima abertura a lo extraño y el reposado ejercicio del propio pensamiento, permaneciendo él mismo –por más que reciba de los otros– y evitando que el vigor de su personalidad estreche el propio puerto para que no entren sino limitadísimas porciones del vivir ajeno. Ciertamente, no será

3 Fragmento del artículo de Ignacio Ellacuría, S. J. «Ángel Martínez, poeta esencial», publicado en el número de julio-diciembre de 1958 de la *Revista Cultura* (El Salvador). Tomo el texto de su reedición en *Escritos filosóficos I*, UCA Editores, 1996.

fácil encontrarle falla por ninguno de los dos extremos: ni por falta de extensión en su cultura, ni por ausencia de intención en su aprovechamiento. Posee una amplia cultura, tan personalizada que la ha convertido en forma propia de ser. Y esto no solo como apropiación vivificada de contenidos ajenos, sino, lo que es más raro, como asunción de las virtualidades que produjeron en los otros esos contenidos. Si algo de necesaria imperfección hubiera de notarse en este punto no sería ciertamente falta de amplitud o de asimilación, sino excesiva medida de lo uno y lo otro: a veces uno añora percibir la respuesta desnuda de la naturaleza humana dejada a sus solas ante el reclamo de un mundo visto sin ayuda de nadie. No es que en el P. Ángel haya dos como personalidades intelectuales, constituidas por el pensador erudito y personal, de un lado, y el poeta preciosista, del otro, sino que en él todo su ser es de poeta y, consiguientemente, todo su obrar de intelectual o de artista está informado y unificado por esa forma de vida humana especial que llamamos, tal vez sin saber lo que decimos, poeta. Porque aquí no nos encontraremos con poesía de recuadros y jardines al modo de antologías y florilegios, sino con una poesía que es resultado de una forma de ser abierta a todo el ser –y aun a la nada– que quiere encontrar en todo su ser poético y quiere vivirlo todo poéticamente para potenciar al máximo la existencia humana. Con lo que ser poeta no es ya oficio exclusivista y parcial, sino una transcendente forma de ser que puede y debe investir cualquier otro oficio y vocación.

Dios en Blancura, por Ángel Martínez (fragmento)⁴

Ernesto Cardenal

Poeta, sacerdote, teólogo y escritor nicaragüense
(Granada, 1925-Managua, 2020)

En toda su poesía anterior [a su poemario *Dios en Blancura*] Ángel Martínez había insistido mucho en el nombre. El «Ángel» (su nombre) es uno de los temas recurrentes en su poesía. Aquí en esta introducción ahonda más en el misterio del nombre: Hemos sido creados por la Palabra de Dios, y llamados por Su Palabra (el Verbo) a participar de Dios mediante nuestra identificación con esa misma Palabra suya que es Cristo, el Verbo de Dios. Y por medio de la palabra humana, también el hombre (el poeta) incorpora a su ser todo el universo, y cuando el hombre asciende a Dios, asciende también con él, mediante la creación poética, la creación entera. Dice en uno de los pasajes en verso:

Me llamó con mi nombre y ya era el Suyo.
El universo estaba en mí subiendo a un Nombre.
¡Me llamó con su Nombre y ya era el mío!

La vocación del poeta y la vocación religiosa y sacerdotal de este modo se identifican en él, y ya no existe conflicto entre estas dos vocaciones (si es que alguna vez lo hubo en él, como lo hubo en el otro gran poeta jesuita Gerard Manley Hopkins). Porque así como su sacerdocio es una participación del sacerdocio de Cristo, también su poesía es una participación de la Palabra. Su sacerdocio es poético: al consagrar, su palabra crea aquello mismo que nombra; al decir: «Este es mi cuerpo», el pan se convierte en el cuerpo de Cristo, que en ese momento es su cuerpo. Y su poesía es sacerdotal: al nombrar los seres, por la virtud del lenguaje poético, los hace suyos, los incorpora a su vida, y los eleva a Dios con la elevación de su propio cuerpo transformado en el cuerpo de Cristo. Todo lo que ha sido vida en él, aun el pecado, es elevado a Dios y transformado en luz. Dice en prosa: «Todo lo que hice, bueno y malo –*etiam peccata*, diría san Agustín–, con tal de que todo fuera esencial, está traspasado en este último fuego tras el que voy...».

4 Ernesto Cardenal, «*Dios en Blancura*, por Ángel Martínez», *Revista Cultura*, 18, enero-junio de 1960, pp. 47-48.

Se trata, como dice él, de una «semántica divina». Los nombres –la poesía– significan una transformación de las cosas en nosotros, y una elevación de ellas en nosotros. La transfiguración del lenguaje que hace el artista es una transfiguración de las cosas, y pertenece al mismo proceso de transfiguración del hombre en Dios. La poesía se cumplirá pues plenamente hasta que el hombre se incorpore a la Palabra divina: «Cuando el ver sea ya ser y el ser amar».

Todo es ángel en Ángel⁵

Pablo Antonio Cuadra

Escritor, crítico y artista nicaragüense
(Managua, 1912-Managua, 2002)

TODO es ángel en Ángel menos su poesía, que es la poesía más Hombre que hoy se escribe en castellano. Ángel es Yo. El «Yo» humano total. Su poesía se ha crucificado en esa Y griega del «YO» y no cesa de clavarse allí, poema tras poema, tratando de sujetar su sujeto para –una y otra vez– arrancarle su propio misterio. Toda la poesía de Ángel es sacarse de sí a sí mismo. Ángel es un hombre en verso. El hombre que se hizo verso, lo cual, al fin y al cabo, no es otra cosa que llevar hasta sus últimas consecuencias poéticas el «ser» cristiano, ya que Cristo es el Poema que se hizo Hombre. Existir es ser dicho. Somos porque somos palabra de Dios. Nos dijo y fuimos. Nos sigue diciendo y somos. Ángel se sabe dicho. Y es en ese sentido que se dice y que se escribe a sí mismo. Escribe su palabra. Escribe su hombre. Su nombre. La OBRA DE ÁNGEL ES ÉL, ESCRITO. Pero su él es tú y es yo. Es tuyo. En lo que él se escribe yo me leo. Su poesía es su «conócete a ti mismo». Su poesía es humanación. La poesía de Ángel es cada vez más honda. Se pudiera decir que es cada vez más difícil, pero si se lee en su orden de profundidad (que es su orden de crecimiento), no es difícil, porque toda su poesía anterior de Ángel es una escala para bajar con él a la siguiente y el poema de atrás ilumina al de adelante para meterse unos metros más adentro de la galería del Yo. Por eso Ángel no es un poeta de poemas sueltos, ni siquiera de antologías, sino de Obra Completa, porque su poesía es una y sus poemas son miembros de su cuerpo místico. A él debe dolerle que se le publique un poema suelto porque es como cortarle un dedo o mutilarle una mano. Su vida es poema, no porque escriba biografía, sino porque escribe un hombre. Pero la poesía de Ángel es angélica porque exige que no haya tiempo; solo sin tiempo hay tiempo para captarla toda. El hombre es siempre algo más que un hombre. Pero lo raro es que esa bajada, cuando llega a cierta hondura es ya altura y tanto se sube cuanto se baja. La ex-

5 Texto recogido en Ángel Martínez Baigorri, *Poesías completas I*, ed. de Emilio del Río, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 56-57, donde se fecha: «(Del 10 septiembre 1967)».

ploración del hombre lleva a dos puertas: el nacer y el morir. Pero en realidad, si Ángel las toca: no son puertas sino labios pronunciando la misma palabra

desde el tiempo del hombre
hombre del ángel
desde el ángel del hombre
ángel sin tiempo⁶.

6 Este segundo texto completa el primer medallón, a la distancia de treinta años, pues este lo publicó Pablo Antonio Cuadra en su diario *La Prensa* el 10 de septiembre de 1967, en que Ángel cumplía sus Bodas de Oro en la Compañía de Jesús. El medallón quedaba como el mejor apunte, por entonces. Le faltaba la dimensión humana de este Ángel que escribió *Desde el tiempo del hombre...* y todo lo demás. Pero a Pablo Antonio Cuadra le costaba publicar cosas de Ángel en *La Prensa* –se queja Ángel a Coronel, años 60–; hizo una *Antología de poesía nicaragüense* en su colección «El Pez y la Serpiente» y da dos páginas a Ángel, y al lado veinte a Coronel; pone a Ángel entre los «Derivados del Modernismo» (!). Es extraño. Hacía poco había salido en la UNAM –y en Madrid– la *Antología de la poesía nicaragüense posdariana*, hecha por Ernesto Gutiérrez con prólogo de Ernesto Cardenal; tanto el prólogo como la selección dan margen amplio a Ángel. [Nota del padre Emilio del Río en el original].

Adiós al P. Ángel⁷

Juan Bautista Bertrán, S. J.

Sacerdote jesuita y escritor español

(San Juan de las Abadesas, Gerona, 1911-Sant Cugat del Vallès, Barcelona, 1985)

Al saber la noticia de su muerte

Con una dura claridad de viento
de un Urbino otoñal al cielo limpio,
me llega el triste anuncio:
—Ángel ha muerto.

Presentí yo un día
(lejano tú en distancia) que marchabas
a América otra vez. Fue tu partida
una ausencia de alas en mi espíritu,
un frío de parada. Tú te ibas.

Distante aún, latía tu presencia.
Hoy es el frío del adiós sin vuelta.

Te veo, todo verso y sólo vuelo,
adensado el silencio de tu cuarto
en el sereno vórtice del trance.
Y te oigo, escandiendo, voz y pausa,
la reciente creación, tibia de entraña,
más fulgente el azul de tus pupilas
con transparencias de lejanos mundos.

Una brasa tranquila eran tus labios.
Era el paso de un ave por los aires
—«se siente el vuelo y no se ven las alas»—
que ha estremecido y un reposo deja.

⁷ Texto publicado en *Encuentro. Revista Académica de la Universidad Centroamericana*, vol. 4, número extraordinario, 1971, pp. 27-28. Disponible en el repositorio institucional de la UCA: <http://repositorio.uca.edu.ni/2505/>

Y, envuelto tu latido en la blancura
de lino leve y la casulla, llama
–otra más en el ara– aún te contemplo
entregado al Misterio. Refulgías.
Te penetraba Dios y en Él entrabas.

La verja del jardín. Hojas inmensas
de aquel árbol exótico. Y tu abrazo
–¿sabías tú, sabía yo que era
el último? ¿Esa aguda
tristeza de los dos no lo auguraba?–
me aprieta hoy la nostalgia como un cerco.

Valencia, Portaceli⁸,
Sagunto, Barcelona,
el valle de mi infancia pirenaica,
México, Guadalupe
con Puebla de los Ángeles, Managua,
colibríes de Ostuma,
Ciudad Darío⁹, Chinandega, el lago,
¡fondos vivos, imagen y recuerdo,
nombres y lenguas de una vida hermana!

Intemporal. Ya «Ángel sin tiempo» eres,
ávido de absoluto.
Te has hundido ya en Dios. Ya ahora le dice
«para siempre se llama Tú mi vida».

Urbino. Otoño, 1971

8 Añado esta coma que no está en el original.

9 En el original «ciudad Darío»; añadido la mayúscula.

«Biografía de un Ángel Martínez, Ángel de la Guarda de la poesía»¹⁰

Juan Aburto

Narrador y ensayista nicaragüense
(Managua, 1918-México, D. F., 1988)

Cierto día un ángel martínez bajó a españa, pasó después a nicaragua y anidó las alas entre nosotros aquí.

La gran frente pálida, debajo la mirada firme, limpia y azul, el cuerpo pequeño con vestidura negra de hormiga loca afanada todo el santo día en su sacerdocio de hacer poesía, de promover poesía, de acumular poesía de aquí para allá en un río hasta el fin que nunca acaba, la tarea del amor de amar toda la creación, perdonando además, santificando, construyendo, transformando y volviendo a hacer, elaborando almas de poetas, panis angelicus en el horno de su corazón, en fin la labor que le tomaba prestada al buen Dios cada mañana, alimentándose de nadas abismales, fundiendo hueso y carne en excesivos pensamientos fue dejando su materia olvidada y el ángel martínez era ya sólo espíritu, viento de alma y agua lustral, embriagándose a diario con su que-hacer, emborrachándose a gritos de poesía y fervor de todas las cosas que lo rodean, impaciencia divina o teologal, ímpetu sacro con toda el ansia fijada en la resurrección, enflaqueciendo más y más en místico ardor, la gran voz precipitada como si nada decía en aquel torrente torrencial de amar y sufrir y vivir hasta más no poder.

Otro día, cansado ya de haber impelido tantas edades de la poesía de nicaragua, retomó sus alas y volvió. Jesús, San Ignacio, vieron un ángel de nuevo al lado. Ángel de nuevo alado.

¹⁰ Nota necrológica aparecida en el diario *La Prensa*, de Managua, reproducida facsimilarmente en *Ángel poseído*, introducción, selección y notas de Juan Bautista Bertrán, S. J., Barcelona, Ediciones 29, 1978, p. 168. Mantengo el uso de minúsculas para algunos nombres propios que se hace en el original.

«Doctor Angélico»¹¹

Pablo Antonio Cuadra

Escritor, crítico y artista nicaragüense
(Managua, 1912-Managua, 2002)

Hasta que te vi muerto comprendí quién eras. En tu palidez te regresabas a tu nombre. Esa blancura era tu lejanía purísima y rápida. Tu última muerte y el vuelo, por fin. ¡Por fin el vuelo después de tantos ensayos!

Nos habíamos muerto muchas veces.
Cuando se fue Joaquín.
Cuando derribaron tu ceiba.
Cuando abandonaron a su ruina el Colegio.
Cuando deshabitamos Granada.
Cuando...

tú sabes. Fueron muertes. Grados de muerte. Carrera de la muerte para recibir tu título de ÁNGEL.

Y tu canto fue darle vida a lo que se nos moría.
Ponerle alas a lo que se caía.
Fabricar Ícaros, Ícaros, Ícaros,
 alas para el árbol
 alas para la casa
 alas para el amigo
 para el sueño
para la palabra misma que también se venía al suelo.

Te nombrábamos Ángel porque fabricabas ascensos. Vuelos.

Fue tu vida elevar cosas, almas, conceptos, ciudades enteras como elevabas la Hostia día a día. Como un cometa de milagro, altísimo y poderoso. Diariamente, durante años, izaste el cielo nicaragüense como una bandera. Fue tu oficio.

Sacerdote del aire. Elevador de la muerte. Hombre con los pies en el cielo. Habitante de arriba. Voz perpetua de la altura Ángel.

¡Hosanna in excelsis!

¹¹ Este texto forma parte de la «Corona poética» en homenaje al padre Martínez Baigorri publicada en el periódico *La Prensa* de Managua el domingo 15 de agosto de 1971. Se encuentra reproducido facsimilarmente en *Ángel poseído*, introducción, selección y notas de Juan Bautista Bertrán, S. J., Barcelona, Ediciones 29, 1978, p. 316

«Ángel en el camino hacia el rostro de Dios»¹²

Juan I. Gutiérrez S.

Médico y poeta nicaragüense

(Rivas, Nicaragua, 1934-Managua, 1996)

En la luz de los ojos del Padre Ángel
vi el ir a Dios
transparente
y vi al Padre Ángel convertirse
en ángel de verdad.
Nunca había visto
el ir a Dios
ser tan claro y tan sereno
como en Ángel.

En Ángel
la despedida tiene
el color de la flor de la ceiba
que es blanca
y es vida.
Aun estando profundamente deshidratado,
seco casi hasta el nivel
fundamental para vivir,
tiene saturada cada una de sus células
y de sus átomos
de sonrisa
de paz
y de amor
de Su Amor.

12 Texto que apareció también en *La Prensa* de Managua con motivo de la muerte del padre Ángel Martínez Baigorri y reproducido facsimilarmente en *Ángel poseído*, introducción, selección y notas de Juan Bautista Bertrán, S. J., Barcelona, Ediciones 29, 1978, p. 452.

Todo el tiempo su cuarto
está lleno de multitud de ángeles
igualmente transparentes
que Angelito
y en el viento fresco de la noche
navegan millones
de copos blancos
de la flor blanca de la ceiba
y Ángel,
quieto,
continúa lentamente,
sonriendo,
su camino
hacia el Rostro de Dios.

Julio, 31, 1971

«Intento de un camino» (fragmento)¹³

Juan Bautista Bertrán, S. J.

Sacerdote jesuita y escritor español

(San Juan de las Abadesas, Gerona, 1911-Sant Cugat del Vallès, Barcelona, 1985)

Conseguí conocerle personalmente en otoño de 1950. Había vuelto a España para una ponencia en el Congreso de Cooperación Intelectual de Madrid. Luego tuve la suerte de convivir con él en la misma casa, y, por tanto, de tratarle buenas temporadas seguidas en Valencia y en Barcelona; en los viajes posteriores que realizó a Europa, en el mes que pasé yo con él en México, y en el curso entero en la Universidad Centroamericana de Managua. Durante las ausencias, un cruce, muy frecuente, de correspondencia. Sus cartas han sido algo maravilloso para mí y un acrecentamiento de riqueza interior. Estas cartas tuyas, la mayoría muy largas, originalísimas, eran la expansión de profundos pensamientos y reflexiones, comunicación de ideas y sentimientos, entrega generosa de amistad. Algo fuera de serie. Hasta entonces que le conocí se cumplía en mí su endecasílabo: «Se siente el vuelo y no se ven las alas». Y su vuelo, tan alto, tan bello —la lectura, deslumbrada, de algunos de sus poemas, en revistas o copiados a máquina por admiradores tuyos, venidos de América— me había despertado el deseo de ver, y de cerca, las alas. Ante su poder me expliqué la altura y belleza del vuelo. Su humanidad, encantadora. Bondad, comprensión, amplitud, cordialidad. En su estatura, más bien alta, el cuerpo sólo suficiente para llevar —¿llevar o soportar?— el espíritu. Extrema delgadez. Pero nada de languideces. Un haz de nervios. Todo vibración y antena alertada. Ni siquiera ablandamiento en la lengua, después de tantos años de vida tras el Atlántico. Ninguna ondulación americana en la fonética de su recio castellano de Navarra. «Hazte hoy de hierro, castellano mío», dirá en un robusto soneto de «Invocación a la lengua». Pero ni sombra de agresividad en su alma. En la tenuidad blanca de su piel se hace enseguida perceptible, con ese estremecimiento especial que se advierte en los artistas sensitivos, cualquier vibración que cruza su sensibilidad finísima. Su mirada —ojos claros, casi infantiles— de bondadoso y afectivo interés cuando dialoga, se ausenta a veces en quietud o lejanía, como de quien sueña o medita. Como del paso de un súbito misterio o de una voz que sólo él percibe. «Por todo mi ser de hombre un viento pasa», puede él decir en un poema. Se le ve vigoroso y lejano, pálido y encendido dentro de la austera negrura de su sotana. (Hablo de 1950.) Yo recuerdo aquel otro verso tuyo: «El aire canta con

13 Párrafo inicial de «Intento de un camino», estudio preliminar a *Ángel poseído*, introducción, selección y notas de Juan Bautista Bertrán, S. J., Barcelona, Ediciones 29, 1978, pp. 11-12.

un niño dentro». René Acuña, el escritor salvadoreño, escribe de él: «Es un poeta de mirada profunda. Tan profunda que parece mirarnos desde el fondo de los siglos. Anda silenciosamente. Intraído. Si acaso lo encontráis por la calle y no os responde al saludo, no os extrañéis. En ese momento va luchando con su alma. Dejadle pasar. Su vida, maravillosamente truncada por lo de fuera, se ha desangrado en una floración interior de fuerza incontrastable. Y este poeta que ha sufrido profundamente, que mira la caducidad de las cosas temporales y se siente oprimido por ellas, os habla de unos versos eternos, con una mansedumbre inextinguible».

«Homenaje a Ángel Martínez Baigorri»¹⁴

Ángel Urrutia

Escritor

(Lecumberri, Navarra, 1933-Pamplona, 1994)

I. ÁNGEL MARTÍNEZ BAIGORRI. POETA

*Águila de Ángel dentro —águila enorme—:
¡Qué luz para tus alas!
Ángel Martínez Baigorri*

Lodosa y Nicaragua tus dos alas: raíces
de tu nombre hecho Águila y Río sobre el viento,
celestidad de Rosa y sol de sacramento,
verbo profundo en llamas de aguas adoratrices.

Aprendes a ser Ángel, descubres las felices
presencias de ser hombre con Dios en movimiento,
el corazón del mar, la sal del sentimiento
que en tus góticas manos bautizas y bendices.

Alas sacerdotisas de cielos naturales,
siempre Río hasta el fin, Águila sin orillas,
y tus ojos levantan sus remos teologales.

Ángel, o poseído de luces corporales
y de espumas celestes surcadas de semillas.
Autopsia: Ángel espejo, Vuelo de manantiales.

14 Díptico de sonetos perteneciente a la sección «Ramillete navarro» del poemario de Ángel Urrutia *Libro de homenajes*, Palencia, Rocamador, 1989. Obtuvo el Primer Premio en el II Certamen de Poesía Ángel Martínez Baigorri, del año 1986, y quedó recogido también en la antología *Sonetistas pamploneses*, Pamplona, Ayuntamiento de Pamplona, 1989. Tomo el texto de Ángel Urrutia, *Poemarios completos. Otros poemas*, ed. de Consuelo Allué Villanueva, Pamplona, Cénlit Ediciones, 2005, pp. 366-368.

II. MARTÍNEZ BAIGORRI, ÁNGEL Y ÁGUILA

*«Este venir de lejos a estar cerca»
«que dice en luz lo que a su sombra sueña»
Ángel Martínez Baigorri*

Vuelves de Nicaragua a la flor de Lodosa:
construyes de agua y sol el cáliz de tu vino,
tu muerte es avenida a un cielo repentino,
y el Río arde en tus alas de celebrante Rosa.

Te seguirás llamando Ángel de melodiosa
palabra voladora, de celestial camino,
Ángel de cinco llamas o cuerpo cristalino,
ángelmente remando tu sangre victoriosa.

Ante tu Mar la tierra se pone de rodillas,
reza un salmo de luz besando tu estatura.
Y el cielo que escribiste se te hizo eucaristía,

e inundó de palomas nuestras negras orillas.
Lodosa y Nicaragua abrazan en tu altura
tu vuelo de Ángel y águila en honda travesía.

Semblanza e inmortalidad, en agua, tierra y sueño nicaragüenses, de Ángel Martínez Baigorri, S. J. (1941-1971-1991)¹⁵

Carlos Martínez Rivas

Poeta nicaragüense

(Ciudad de Guatemala, 1924-Managua, 1998)

CALADO hasta los huesos de poesía,
lo azul se azula en el azul: tus ojos.
Miembros que te soportan son despojos;
no cuerpo que te hospeda en demasía.

La llama de amor viva que te hería
de continuo, mostraba, en su sonrojo,
ser de acero viril templado al rojo
blanco –que ante Satán prevalecía.

Por no extrañas Isletas, vulnerado
ciervo vadeaste la espejeante agua
«bañándote en el río y en la aurora».

Tu demolido cuarto, reentramado
con fábrica de sueño, en Nicaragua,
si ruina fue, es Monumento ahora.

1.º de Agosto 1991
Altamira D'Este, 2.ª etapa, casa n.º 8

15 Se trata de un soneto de Carlos Martínez Rivas a su maestro Ángel Martínez Baigorri en el vigésimo aniversario de su muerte, dedicado a Alfonso Callejas Deshon, compañero y amigo de Martínez Rivas y de Ernesto Cardenal en el Colegio «Centroamérica» de Granada. El original mecanografiado, con su dedicatoria autógrafa, se conserva en el archivo personal de José Argüello Lacayo. Agradezco su cortesía al habérmelo facilitado.

Semblanza de Ángel Martínez Baigorri

María Jesús Martínez Sanz

Sobrina-nieta del padre Ángel Martínez Baigorri

(Lodosa, Navarra, 1960-)

El nombre de Ángel fue el símbolo de la altura donde había de subir.

Dice Emilio del Río (poeta y recopilador de su obra): «El secreto tremendo de su existencia fue la identificación con que vivió la plenitud de su nombre: ÁNGEL».

«Se siente el vuelo y no se ven las alas».

Nuestro poeta, Ángel Martínez Baigorri, nace en Lodosa (Navarra), a orillas del río Ebro, el 2 de octubre de 1899, día de los Ángeles Custodios. Su casa natal se encontraba en el n.º 126 de la calle Mayor, justo detrás de la iglesia.

Sus padres, Nicomedes y Antonina, poseían una tienda de ultramarinos. Fue el menor de cinco hermanos: León, Francisco, María Jesús, Angustias y el propio Ángel. Angustias fue monja de las Esclavas de Cristo Rey, estuvo en Burlada y Tudela. María Jesús no se casó y se encargó de la tienda familiar junto con Francisco, que se casó con Emilia y tuvieron tres hijos, Ángel, Javier y Jesús María. León falleció ahogado a los dieciocho años de edad.

Dice Ángel:

Un hecho capital que ha pasado como origen de dolor a mi obra poética, especialmente en mi *Río hasta el fin* [fue] el dolor de mi madre cuando yo tenía nueve meses, y se ahogó el primogénito de la casa, el que ya la podía llevar solo. Había querido ser jesuita y se lo impidieron. Mi madre me ofreció entonces por él, pero nunca me lo dijo hasta después de que yo era ya jesuita.

ANDANDO SOBRE EL RÍO

Cuando nací me dicen que dijeron:
—*Ya llevas pasaporte para el río.*

Y empezando a rodar, aún no he parado
de rodar, río a río:
—Río abajo subiendo,
bajando río arriba.

Del río me vinieron los dolores:

—No recuerdo, no puedo
recordar el dolor
de aquella noche
de julio –como un río el siglo entraba–;
en la marea de la multitud venía
—Ebro que se desborda—
sonando aquel dolor adivinado:
—¡Madre!
Y se abrazaba a mí con fuerza y abrazaba
en el vivo, llorando, al hijo muerto
—en la muerte la vida—
que se llevaba devorado el río.

Y me abracé al dolor
—y a la vida en la muerte—,
cuando asustado
me apreté a aquel seno
de donde un río de dolor salía
por la vida que el Ebro se tragaba.
Y fue mi compañero, con el río,
mi dolor para siempre:

Del río me vinieron los dolores,
y del dolor la vida del río de mi vida
que va hacia arriba siempre,
rodando río abajo.
—Río es también el duelo y corre en llanto.

(*Río hasta el Fin*, 1943)

Nos cuenta Ángel:

Hasta los 6 años, crecí y me desarrollé sólo corporalmente. Nada de letras. El intento de ponerme a los tres años en un colegio de monjas fracasó por mi rebeldía a la sujeción. Y como siempre fui enfermizo, esto me valió para que me dejaran libre.

Recuerda que sus primeros contactos con los versos fueron coplas, incluso sin saber leer ni escribir:

Coplas que me enseñaban y coplas que yo hacía. Y nunca se me ha de despegar aquel acento que dieron a mi voz... Coplas que me enseñó en el huerto, mientras trabajaba él y yo le miraba, Francisquillo, el criado más viejo de nuestra casa, padre de Joaquinillo y José María... Con ellos conocí las mejores tabernas y probé los vinos que me han sabido mejor... Mi infantil personilla entendía ya mucho más de lo que ellos sospechaban y, sobre todo, sabía ya mucho más de lo que mi madre podía sospechar que yo sabía, pues de lo contrario, de ningún modo me hubiera dejado andar en aquellas andanzas.

Anoche soñaba yo
que dos estrellas nacían
y eran tus ojos azules
que alegres me sonreían.

La última vez que Ángel estuvo en su casa de Lodosa, fueron a cantarle delante del balcón una cuadrilla y le impresionó uno de los cantares. Les preguntó por la copla y le dijeron que era suya. Era esta:

Ni que me lo jures creo
que es igual la distancia
que hay de mi casa a la tuya
y de la tuya a mi casa.

Como buen lodosano, fue muy aficionado a los toros durante toda su vida. Incluso en su adolescencia quería ser torero. Se hizo un traje de luces y se escapaba a las corridas de los pueblos a torear.

EL MEJOR TORERO

El mejor torero el Sol:
Al natural, cada día,
Frente a su muerte, en la noche,
Brinda una aurora a la Vida.

El mejor torero el Sol:
Cada día un nuevo pase
Que es natural y en redondo
Y del que la vida nace
Y el tiempo que todos somos:
De noche, mañana y tarde.

El mejor torero el Sol...
Hasta que la muerte baje,
Con la suerte de la vida,
La gracia en que todo es arte:
En el pase de la muerte
–Gracia en vida– todo cabe.

El mejor torero... tú:
Si tú, con el sol, le has dado
En vida a la muerte un pase
Natural y tan por alto,
Que el cielo a la tierra trae
Y en tres tiempos de tu suerte
A la eternidad dé alcance.

—El mejor torero el sol
Que, al natural, cada día,
Con el pase de su muerte
Brinda una aurora a la Vida.

(*El mejor torero*, 1961)

Deja su casa y su familia para estudiar en el colegio San Francisco Javier de Tudela. A los dieciséis años comienza a sentir su vocación de jesuita. A los dieciocho, el 8 de septiembre de 1917, entra en el noviciado de Loyola (Gipuzkoa), para realizar la carrera de jesuita, compaginando esta con la enseñanza y la predicación. Realiza estudios en Loyola y Oña (Burgos) hasta 1925.

Desde 1925 hasta 1930 se dedica a la enseñanza en Burgos, Las Palmas, Gran Canaria, y Orduña (Bizkaia). Enseñó Psicología y Lógica, Historia de la Literatura e Historia de la Civilización.

En Gran Canaria, cuando estaba de «maestrillo», escribió estos juveniles y darianos versos:

MIRANDO AL MAR

Al otro lado del mar
está la tierra que adoro,
al otro lado del mar..
Pero, ¿por qué he de llorar?
Y, con todo, a veces lloro.

... Al otro lado del mar
está enterrada mi madre,
y al otro lado del mar,
sin que pueda irle a buscar,
se puede morir mi padre...

Siente nostalgia de su pueblo, nostalgia de su familia.

En octubre de 1930, comienza sus estudios de Teología, de nuevo en Oña (Burgos).

En enero de 1932, con la expulsión de los jesuitas de España en la II República, se tiene que exiliar a Bélgica.

En Marneffe (Bélgica) prosigue sus estudios de Teología.

El 20 de julio de 1933 es ordenado sacerdote por el obispo de Lieja, monseñor Louis-Joseph Kerkhofs, en Enghien (Hainaut, Bélgica).

Celebra su primera misa a sus treinta y cuatro años.

Entre las órdenes del diaconado y el presbiterado sufre la primera hemorragia digestiva a consecuencia de una úlcera de estómago, que llevaba padeciendo desde hacía unos quince años, por lo que se ve obligado a interrumpir sus estudios.

A finales de diciembre de 1933 vuelve a España para recibir tratamiento.

Estuvo en Bilbao, curándose primero, acabando los estudios después, y predicando y escribiendo en la revista *El Siglo de las Misiones*.

De 1935 a 1936 realiza la Tercera Probación (última etapa de formación previa a la incorporación definitiva a la Compañía de Jesús) en Braga (Portugal), y la acaba el 18 de julio de 1936.

De Lisboa (Portugal) marcha a Tournai (Bélgica) y a los tres días se embarca para Centroamérica.

«De España llevaba mi vida con los míos, la poesía realizada con mis versos. Y el sueño de una gran Obra». Ciertamente una gran obra había de crear a lo largo de su vida, obra literaria y obra docente.

Llega a Nicaragua, la que será su otra patria, «y renacido en Nicaragua», en los últimos meses de 1936. En este país, enseña, en el Colegio Centroamérica de Granada, Poética y Literatura entre 1936 y 1946.

Recorre toda Centroamérica, muchas veces a pie como capellán de los scouts.

Hizo sus últimos votos el 2 de febrero de 1938, a los treinta y nueve años, en Managua.

El padre Ángel, junto con José Coronel Urtecho, durante su estancia en Granada (Nicaragua), es el impulsor del movimiento poético de vanguardia que reúne a Pablo Antonio Cuadra, Luis Alberto Cabrales, Manolo Cuadra, Alberto Ordóñez Argüello y Joaquín Pasos.

Y es el maestro de la generación inmediata, de Ernesto Cardenal, Carlos Martínez Rivas, Fernando Silva, Luis Rocha, Iván Uriarte, Beltrán Morales, Julio Valle-Castillo y otros poetas nicaragüenses, quienes lo consideran su «Pater».

Su cuarto, lugar de encuentro, abre las ventanas al Gran Lago, el lago Cocibolca, el mar dulce: 160 km, hacia su salida, el río San Juan. «Donde no sé por qué hay siempre un viento grande», escribe refiriéndose al cuarto Ernesto Cardenal.

Su primer viaje al río San Juan fue en 1942. El poeta José Coronel –gran enamorado del río– le invita, por vacaciones, a un mes por el río misionando los pueblos. Y le pide que escriba un libro sobre el río. Ángel le responde: «Sí: *Río hasta el fin*». El gran poema símbolo de su vida y de su obra le esperaba allí. Junto a este río conoce a Fernando Silva, un joven de quince años en ese momento, que después sería pediatra y un gran poeta. Descubre con él la esencia y la belleza del río. Son muchas las vivencias que compartieron y que Fernando Silva relata en un vídeo, en diálogo con Luis Rocha, grabado en agosto de 2011 por la Universidad Centroamericana de Managua como homenaje a Ángel Martínez Baigorri. Se comentan algunas anécdotas que muestran la profundidad del poeta.

Estando en el lugar de «los espejos del agua», hablando de los reflejos en el agua, Ángel dice: «El celeste del cielo no es que se refleja en el río, es el río que sube al cielo con ese color celeste con que corre porque es el cielo el que corre en el río».

Buscando uno de los bellos lugares del río, observando las algas, las define Ángel como «las pequeñas orejas con que el río oye el viento». En otro momento, oyendo el discurrir del agua, dice que «el silencio es la voz del río».

Un día que Ángel estaba trabajando en la casa de José Coronel, el viento se llevó sus papeles. Fernando Silva exclamó: «¡Ay, padre, qué barbaridad, se perdieron!». Y Ángel contestó: «Nada se pierde. El río corre, es el mismo río siempre, y es más siempre cuanto más corre».

Decía Coronel Urtecho: «Nunca he visto tanta eternidad en la poesía».

La siguiente anécdota muestra la humanidad del poeta. Estando en un lugar llamado «Sombrero de cuero», se presenta un guardia con un hombre amarrado. Cuando llegó la noche se dispusieron a dormir apoyados en la pared. Ángel dijo que él no podía consentir dormir en la cama y ellos no. Le cedió su cama y el guardia dijo que ese hombre no lo merecía. Ángel insistió y se fue a dormir a la cama con Fernando Silva. El guardia y el preso se fueron en la madrugada. Mientras desayunaban, vino una mujer llamada Matilde y les trajo este mensaje del preso: «Yo soy un hombre que he hecho las peores barbaridades y me han pasado las peores cosas, pero aquí encontré la única persona en mi vida que me hizo bien».

Pasa el San Juan –¿el Ebro?–
de los Picos de Urbión hasta Tortosa,
pasa el Ebro –¿el San Juan?–
de la Mar Dulce hasta la Mar del Norte,
y pasa un río solo
de mi vida a la tuya.
De los ríos que pasan, de las vidas
que pasan, ¿sólo queda
este silencio al sol tras de la lluvia?
Del valor de una vida de joven llama heroica,
del triunfo en la inocencia sobre sueños
con ímpetu de imperio,
¿sólo queda el silencio en que la muerte
dice a su gloria un nombre?
—Un silencio es el término de todo.
Un silencio de Dios fue su Palabra
y el fin de su Palabra es su silencio.
—Un silencio de sol en que Dios habla.

(*Río hasta el Fin*, 1943)

De salud frágil, siete años más tarde de su llegada a Nicaragua sus múltiples dolencias lo obligan de nuevo a someterse a tres graves intervenciones quirúrgicas.

Entre 1946 y 1947 está en los Estados Unidos. Tiene varios ingresos en hospitales, es operado de las úlceras de estómago y realiza trabajos en la parroquia del Sagrado Corazón de El Paso, Texas.

La primera operación se la hicieron en la Clínica Oschener de Nueva Orleans, allí estuvo ocho meses. Luego fue a Texas, a Nuevo México (Isleta College, donde estuvo seis meses), a California y realiza un viaje al este de los Estados Unidos. En este tiempo escribe su libro *Ángel en el País del Águila*. A él le dedica un estudio Ignacio Ellacuría, titulado «Ángel Martínez, poeta esencial».

Fue operado diecisiete veces a lo largo de su vida. Los últimos años sólo tenía un cuarto de estómago.

Una afección pulmonar le llevó a San José de Costa Rica. Unas fiebres malarias le obligan a reposar en Ostuma, en la montaña nicaragüense.

Pese a todo esto, tenía un temple recio que le ayudaba a sobreponerse, tal vez su fibra navarra.

En 1947 marcha a El Salvador; en el Seminario Central de San José de la Montaña de San Salvador enseña poética, filosofía y literatura, ostentando la cátedra de esta última materia entre 1948 y 1954.

Realiza su segundo viaje a España. En 1950 asistió, en Madrid, al Congreso de Cooperación Intelectual, y viajó de nuevo por Europa.

En el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona (1952), su libro *Cumbre de la memoria*, presentado a concurso, con el título *Contigo sacerdote*, por su amigo Juan Bautista Bertrán, S. J., obtuvo el Gran Premio del Instituto de Cultura Hispánica.

René Acuña, alumno suyo en El Salvador, relata en su libro *Vuelo de la memoria* un hecho que nos muestra cómo era el carácter de Ángel:

Durante su estadía en la Península, yo, que era un recién llegado en San José de la Montaña, tuve una noche el irreprimito deseo de leer sus poemas. Me subí a la terraza del edificio y, sin reparar en las consecuencias, me descolgué por la yedra que recubría las paredes hasta la ventana de Ángel. No podía volver por el mismo camino. Después de varios esfuerzos, conseguí abrir las hojas de la ventana y me introduje en la habitación. Hice un enorme lío con todos sus papeles, y, sobreponiéndome al espanto y la repugnancia que la acción me producía a mí mismo, volví con ellos furtivamente a mi cuarto.

Cuando Ángel volvió de España, inevitablemente debió darse cuenta del hurto que había sufrido. En cualquier caso, yo mismo se lo hice saber. Resuelto a pagar las consecuencias del irreflexivo acto, le llevé todos los papeles y le referí el episodio. Con sólo que él me hubiera llevado al Rector, yo hubiera sido expulsado ignominiosamente de aquella casa. Sin embargo, Ángel, después de mirar en absoluto silencio al impulsivo muchacho que tenía ante sí, soltó de repente una carcajada. No sólo me perdonó, sino que me prometió copiar él mismo todas las cosas suyas que yo no hubiera copiado.

Desde 1954 a 1961 se instala en México, donde los dos primeros años es redactor de la revista *Latinoamérica*, y los años posteriores se dedica a la enseñanza, ocupando las cátedras de Literatura y Estética de la Universidad Iberoamericana, siendo decano de Humanidades.

En México hizo amistad con los poetas españoles exiliados Manuel Altolaguirre, León Felipe, Emilio Prados, Luis Cernuda, Ernestina de Champourcín y Juan José Domenchina.

Se reunían en un pequeño café para comentar versos y cosas de la vida. Emilio Prados veló a Ángel alguna noche en uno de sus ingresos hospitalarios. Cuenta Ernesto Cardenal que en una ocasión León Felipe le dijo a Ángel: «¡Si todos los curas fueran como usted...!». Ángel le dijo: «¿Ha tratado usted a muchos?». Y respondió León Felipe: «No, usted es el primero».

Informado por Ernestina de Champourcín de que León Felipe estaba muy grave, Ángel acudió a visitarle y le acompañó en sus últimos momentos. En una carta a Coronel escribe: «Mi dolor sólo tiene por expresión el silencio, el silencio en el que entró para ganar definitivamente la luz».

En 1961, al inaugurarse en Managua la Universidad Centroamericana, regresa a Nicaragua para encargarse de las cátedras de Literatura y Estética hasta su muerte.

Vuelve a España en otras dos ocasiones: en 1965 y en 1970.

Muere en Managua el 5 de agosto de 1971, víspera de la Transfiguración de Jesús, a las 6 de la tarde.

«No me voy, estoy entrando...», le dijo Ángel al doctor Juan Ignacio Gutiérrez, ese día, dos meses antes de cumplir setenta y dos años.

María Lourdes Pallais Debayle, hija de Margarita Debayle, la del poema de Darío, relata su vivencia de ese momento: «Era difícil pensar que se estaba muriendo, porque en esa sala había tanta vida y como un gozo extraño, lleno de Paz y de Luz. Entre poetas, amigos y escritores que se reían y hacían bromas, y entre lágrimas y risas, de repente dejó de hablar».

CONSOLADO

Así clamó mi alma dolorida
y el Señor la escuchó: con dulce abrazo
reclínome amoroso en su regazo
y con su Sangre restañó mi herida.
¡Llamé a la muerte y respondió la vida!

(*Por el Mar*, 1921)

Durante toda su vida, realizó numerosos viajes por América Central, Sudamérica, Estados Unidos y Europa, por trabajos culturales y docentes, por actividades sacerdotales y por motivos de salud.

Dondequiera que estuvo, al lado de su labor de cátedra y de su creación poética, mantuvo una relación constante con lo más activo del mundo literario y cultural, como lo atestiguan sus cartas.

La segunda vez que vi a Ángel me sentí contrariada. Me habían contado tantas cosas maravillosas de él, los recuerdos de mi primer encuentro estaban llenos de la fantasía infantil de los cinco añitos que tenía, me sentía orgullosa de que fuera mi tío. Tenía una ilusión enorme. Cuando lo vi, delgado y enfermo, se me cayó el alma al suelo, pero fue mirarle a los ojos y me quede prendada de su ser para siempre. Compartir con él los días que estuvo en Madrid en 1970 es un recuerdo que atesoro con enorme cariño y que me ha animado a descubrirle y a disfrutar de su obra, y a acercarla a todos. Y en eso estoy...

Ángel era alto, extremadamente delgado, de pelo escaso y cano. Daba la sensación de que su frágil cuerpo podía desmoronarse en cualquier momento con solo tocarlo. Su salud había sido siempre muy delicada, le habían intervenido quirúrgicamente en muchas ocasiones y varios médicos le habían desahuciado.

Pero bastaba mirarle a los ojos para derrumbar toda esa sensación de debilidad y quedar prendado por él. Tenía unos ojos claros, alegres, vigorosos como los de un niño, su mirada emanaba una profunda bondad e interés. Parecía querer darse a través de la mirada, como si los ojos fuesen la puerta de su espíritu, un espíritu divino.

Todo él era espíritu, era un ángel. «Se siente el vuelo y no se ven las alas», como Ángel decía sobre sí mismo.

Al caminar, su débil cuerpo, todo nervios, mostraba una agilidad suprema. Era un caminante empedernido. Le gustaba pasear horas y horas.

Lleno de energía, su actividad era constante. Para él no existía el tiempo: «ángel sin tiempo» escribe en un verso; trabajaba por la noche, por el día, no importaba la hora. Cuando algo le entusiasmaba, el reloj dejaba de existir, y le entusiasmaban tantas cosas...

Gran observador, siempre alerta, todo podía sorprenderle y todo podía enamorarle. Tenía una sensibilidad exquisita y finísima ante las personas, los sentimientos, las cosas, la belleza, ante lo divino. Esta sensibilidad le hacía vivir intensamente hasta lo más insignificante de su entorno.

Gran amante del diálogo y buen conversador, gustaba de hablar largo y tendido con personas conocidas y queridas, e incluso con los desconocidos en sus largos paseos; así consiguió granjearse muchos y buenos amigos.

Oírle hablar, hablar con él, era quedar prendado de su gran humanidad.

Ángel es siempre poeta, cuando habla y cuando escribe, cuando vive.

La vida es verso en mí, respiro en verso,
y es peor que morir no ser poeta...

En su poesía, en su palabra, siempre está el hombre que busca dar testimonio, en continua superación. «En lo más humano –dice– va siempre algo de divino que es lo que tan humana hace la poesía».

Alternaba esos momentos de diálogo con instantes o con periodos intensos de meditación profunda. Los que le veían temían interrumpir su abstracción por el riesgo de frustrar el fruto de su gran capacidad creadora, de su vuelo.

SOLLOZO

Tarde azul de primavera:
Te estoy bebiendo el crepúsculo
en copa de luna nueva.
Me vine solo al pinar
y dije, pensando en... ¡nadie!
con mentirosa verdad:
—No vengas, por Dios, no vengas,
que me robas la mitad
y quiero la tarde entera.
Por un hueco del pinar
se reían las estrellas
de mi mentira verdad:
—Ven, pero... por Dios, ¡no vengas!

(*Corona de la Benignidad*, 1934-1936)

Ángel, en su nombre: Ángel, y hacia los hombres, era al mismo tiempo etéreo y sustancial, vuelo y presencia, infinito y humano, eterno y creado, universal y navarro. Ángel era una conjunción de opuestos, quería como Dios abarcar todo, ser todo, y se quedó en ÁNGEL de DIOS que es todo.

—Sí, podéis creérmelo, aquí está el ángel. Los que no lo vean, será porque para ellos los ángeles son completamente invisibles. Mirad si lo sentís latir, volar, vosotros.

En este momento disponemos en el Archivo Contemporáneo de Navarra del fondo documental de Ángel Martínez Baigorri, donado por la familia. La obra de este gran poeta navarro y universal es un bien cultural patrimonio de la ciudadanía. Como dice otro poeta, jugando con los versos de Ángel:

Se siente el vuelo y... ya se ven las alas.

Ángel, esencia del todo poético

Luis Rocha

Escritor y miembro de número de la Academia Nicaragüense de la Lengua
(Panamá, 1942-)

-1-

Dedicado a Carlos Mata Induráin
y Jesús Mari Martínez Paternáin

Soledad de varón henchida y plena

Luis Rosales

*El nuevo Ángel nos consuela
Con el único consuelo:
Que la muerte es vida en vuelo
Y el ángel, si vive, vuela.*
Ángel Martínez Baigorri, S. J.

*El mejor torero el Sol:
Al natural, cada día,
Frente a su muerte, en la noche,
Brinda una aurora a la Vida.*
Ángel Martínez Baigorri, S. J.

Quise cambiar el título que había puesto a este texto, por el de «El Mejor Torero», pero me pareció a la vez que mi «Ángel, esencia del todo poético» es también «El Mejor Torero», ese, el de «La gracia en que todo es arte: / En el pase de la muerte / –Gracia en vida– todo cabe». Por eso, porque aquí todo cabe, es que menciono al Héroe Nacional y Mártir de la Libertades Públicas de Nicaragua, Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, recordando que el martes 10 de enero de 1978, día en que lo asesinaron, entraba yo de vacaciones en el diario del que Pedro era director, y al despedirnos el lunes 9 de enero por la noche me dijo: «Nos vemos mañana»; yo, como si fuera una premonición, le dije pensando en mis vacaciones: «No, Pedro, mañana no nos vamos a ver». Y ahora recuerdo que Pedro era un gran admirador de Ángel, con iguales aficiones taurinas, por

El Mejor Torero (1961). Pero a los tres (aunque Ángel hubiera partido en 1971) nos jugó una mala pasada la mañana de aquel martes 10 de enero «El pase de la muerte», cuyo ejecutor más fiel fue Manolete. Porque esta vez el toro se nos emboscó. Atacó arteralmente. A traición. Y es que este «pase de la muerte» es cuando el toro viene muy arrancado, no se corren las manos, sino simplemente la muleta a modo de telón y pasa la res bajo el engaño, «sin más mando que la dirección de su viaje».

Pues no olvidemos que:

—El mejor torero el sol
Que al natural, cada día,
Con el pase de su muerte
Brinda una aurora a la Vida.

Todos sabemos que hay un mando que señala la dirección de nuestro viaje, y también que, mientras existimos, la aurora de nuestra vida son los amigos entrañables. En mi breviario poético (*Luz Habitada*, Centro Nicaragüense de Escritores, 2013), dos estrofas de mi poema «Apuntes para un perfil angélico» dicen:

II

Tu cuarto de hospital se llenó de niños
y entre aquella tolerada invasión de nuestros hijos
comentaste que te sentías rodeado de ángeles
y ciertamente contigo y los niños
aquello era el cielo.

III

Cuando despertaste de una de tus agonías
y nos viste a médicos y poetas hijos tuyos
sonreíste excusando tu felicidad
de, al no encontrarnos como siempre
y vernos ahora transfigurados,
habías creído haber llegado al Paraíso.

En la contratapa de este breviario, Emilio del Río, S. J., hace de mi poesía, elogiándome, este homenaje a Ángel. Por eso incluyo un pequeño párrafo en agradecimiento a mis lectores:

Todo lo que tú dices está ardiendo entre el hoy y el mañana. Naces de la Luz de Ángel; quizá en nadie la poesía nace tan desde Ángel. Luego sí, te vas tu voz se va, sin dejar tu religación allí. Vuestras casas habitadas con él fueron Luz Habitada.

Y es que mi esposa Mercedes y yo, mientras no tuvimos casa propia, alojábamos, dominicalmente, en nuestras casas temporales a Ángel para pasar el día. Iba yo por la mañana a recogerlo a su solitario cuarto-oficina en la UCA, y a dejarlo por la tarde. Mercedes, extremeña, nos preparaba comidas españolas. Pasábamos días encantadores y encantados por la poesía. Una magia nos habitaba, y cuantas veces cambiábamos de casa, Ángel las iba bendiciendo en una ceremonia de luz. Hubo un tiempo en que pasé a trabajar, como Secretario General, en el Departamento de Cultura de la UCA, del que otro gran discípulo de Ángel era el director: Pablo Antonio Cuadra, y una estupenda poeta, Vidaluz Meneses, nuestra asistente. Aquello era un nido de poetas, o si preferimos decirlo así: un nido de ángeles. Ahí se congregaban los discípulos más connotados del Pater, Padrino o Angelito: José Coronel Urtecho, en cuanto llegaba del río San Juan, Ernesto Cardenal, procedente del archipiélago de Solentiname en el lago de Nicaragua, otros que se hacían llamar «poetas consumidores» y que eran catedráticos en la misma UCA como Manolo Morales y Ernesto Castillo. Todos discípulos. Todos ángeles en lucha contra lucíferos. Y ahí estuvo mi condena.

Una noche, por permitir aquellas reuniones, acabaron por echarme de la UCA. Ni Ángel ni Pablo Antonio estaban en Nicaragua. Todo parecía y fue fríamente calculado en las alturas, que no siempre son celestiales y, claro, vino la solidaridad de los ángeles buenos, que renunciaron a sus cargos y puestos, y así comenzó la famosa huelga o crisis de la UCA entre 1969 y 1970. No había vuelto a ver a Ángel, y cuando regresó yo no ponía un pie en la UCA. Pero no me aguanté las ganas y subrepticamente fui a «Villa Carmen», golpeé la puerta del cuarto de Ángel, que daba al camino de entrada, y se abrió el mundo. Un Ángel, el mío que era de verdad, me salió como si me esperara desde siempre. Abrió sus brazos para estrecharme, exclamando: «Luis, Luis, a quien me lo había robado la UCA». Y posó, con fuerza de infinito y poesía, sobre mí sus alas.

–2–

Ángel Martínez Baigorri, S. J. nació en Lodosa (Navarra) en 1899, el 2 de octubre, día de los Ángeles Custodios, siendo bautizado con el nombre de Ángel por esta razón (*Sonetos irreparables. Homenaje de su pueblo, Lodosa, abril de 2019*, Ediciones Eunat). Murió en Managua el 5 de agosto de 1971, víspera de la Transfiguración de Jesús, a las 6 de la tarde. «No me voy, estoy entrando», le dijo Ángel al Dr. Juan Ignacio Gutiérrez, ese día, dos meses antes de cumplir setenta y dos años. El 5 de agosto de este año 2021, cumplió cincuenta años de haber «entrado», o lo que es igual, si leemos atentamente este breve texto: de haberse «transfigurado» en y con Jesús.

Ese hecho tiene muchísimo que ver en el título que Ignacio Ellacuría, S. J. dio a su ensayo «Ángel Martínez, poeta esencial». Texto a la vez profundo y tierno, sin escatimar ningún aspecto fundamental de la vida y obra del «Pater», «Ángel» o «Angelito», como le llamamos los miembros de su corte celestial. Entre esta corte, que somos nosotros, destaca José Coronel Urtecho, quien tuvo, como la tuvo Pablo Antonio Cuadra, una estrecha y permanente relación con el «Pater», a quien, según el propio testimonio angélico del «Pater», persuadió para que todos partiéramos, junto con él, al infinito, es

decir hasta el fin del río, como consta en su poema «Río hasta el Fin (Prólogo)»: «José Coronel me dijo un día frente al río San Juan: Haga un poema con ese título: RÍO HASTA EL FIN», y partimos, nos quedamos y volvimos a estar en esto que yo llamo «Esencia del todo poético», que se deriva del título que, como dije, Ignacio Ellacuría dio a su ensayo: «Ángel Martínez, poeta esencial».

Ricardo Roque Baldovinos, en su texto «Los escritos estéticos de Ignacio Ellacuría», cita sobre Ángel:

Juntaba en sí la visión del poeta, del filósofo, del teólogo, del ascético y el místico en plena fusión de vida... crucial en todo esto es la centralidad de la palabra como instrumento de verdad y como creadora de vida. Poeta es el realizador de la palabra. Y, por eso, los santos son los supremos poetas: ellos vivificaron, realizaron en su vida la palabra más alta, la que nos transmitió Jesús, la Palabra que se había ella también realizado en la carne. Ya no vivía en ellos, vivía a Jesús y de Jesús vivían.

Esta síntesis de vida y palabra encuentra su reposo en la frase que Rubén Darío nos entrega en sus «Palabras liminares» a *Prosas profanas*:

... cada palabra tiene un alma...

En su escrito, sobre su nombre, Ángel nos revela otras relaciones con su propia eternidad poética y su vida en la palabra, o su palabra hecha alma:

Nací el 2 de octubre de 1899. Bajo el amparo de los Ángeles y el nombre de Ángel me dieron, para que lo tomara como símbolo de la Altura a donde había de subir; y mi vida ha de ser realzar su nombre y llegar hasta la altura de su nombre, conquistar por él el nombre que nos han de dar en una piedra blanca, que sólo lo sabe aquel que lo da y que será su misma esencia transfigurada por la luz de Cristo y revelada en su filiación, por ser hijo de Dios, participante, por la medida de la donación, de filiación del Hijo, Cristo.

En la edición de Lodosa, ya mencionada, se afirma que: «El P. Ángel, junto con José Coronel Urtecho, durante su estancia en Granada (Nicaragua), impulsaron el movimiento poético de vanguardia que reunió a Pablo Antonio Cuadra, Luis Alberto Cabrales, Manolo Cuadra, Alberto Ordóñez Argüello, Francisco Pérez Estrada y Joaquín Pasos. Y fue el maestro de la generación inmediata: Ernesto Cardenal, Carlos Martínez Rivas, Ernesto Mejía Sánchez y Fernando Silva». Y de las siguientes, en las que ya estaba yo, la de Mercedes, de quienes bendijo todas las casas alquiladas que habitamos en diferentes barrios de Managua; tiempo poético en el que bautizó a los hijos de ambos. Además, Edwin Yllescas, Juan Aburto, Iván Uriarte, Beltrán Morales; y Jorge Eduardo Arellano –fenomenal apoyo para nuestra cultura–, quien recopiló poemas suyos y sus imprescindibles «10 cartas al Pater», y quizás el más joven (en aquel tiempo), Julio Valle-Castillo, de alguna manera discípulo de los discípulos de Angelito, y antólogo suyo cuidadoso y pintor, siendo célebre su ilustración de Ángel a punto de levantar el vuelo, que ha acompañado muchas ediciones, así como, y quiero dejar constancia hoy,

de la fotografía-radiografía del Dr. Carlos Alberto Marín (compañero de generación de Fernando Silva), siendo esta «radiografía» compañera o transfiguración inseparable de gran parte de los libros de Ángel, es decir de sus vuelos: «Se siente el vuelo y no se ven las alas». Ángel sin tiempo. Angelito dueño de espacio y luz. Nuestro y suyo. De su vida y la nuestra. Como lo que ocurrió con Juan Ignacio Gutiérrez, ahí presente, una víspera de la Transfiguración de Jesús. Estábamos en su habitación del Hospital El Retiro, rodeando su lecho, y cuando despertó previo a su partida, «sonreíste –digo yo en *Luz Habitada*– excusando tu felicidad, Angelito sin límites de, al encontrarnos, creer que habías llegado al Paraíso».

Y es por eso que hoy busco «Todo es ángel en Ángel», de Pablo Antonio Cuadra: «Todo es ángel en Ángel menos su poesía, que es la poesía más Hombre que hoy se escribe en castellano». Y también, de mi *Luz Habitada*, te recuerdo con igual propósito de eternidad, recostado en aquella cama del hospital, iniciando un vuelo que ya no necesita alas. Debido a aquella imagen son estos versos del final de aquel poema:

Áureo perfil angélico
grabado al viento
con un no sé qué de niño contento
y de un Ignacio corajudo y bélico.

(29-09-2021 / 17-11-2021)

Evocación al pater Ángel Martínez Baigorri, S. J.

Julio Valle-Castillo

Escritor, pintor y miembro de número de la Academia Nicaragüense de la Lengua
(Masaya, Nicaragua, 1952-)

Amigos angélicos todos:

Es un acierto que la Universidad de Navarra (España) haya organizado esta celebración del cincuentenario de la muerte (5 de agosto, 1971) del padre Ángel Martínez Baigorri, pero quisiera precisar que no se trata de la muerte sino de la resurrección, del renacimiento. Me baso en estos hechos:

El padre Angelito estuvo en México, por marzo o abril, cuando se le diagnosticó su padecimiento terminal. Una noche estuvimos en casa del poeta Ernesto Mejía Sánchez, Luis Khune n.º 28, con Carlos Martínez Rivas. Fue una tertulia alegre, nos hicimos fotografías y días después el padre Ángel viajaba a Nicaragua acaso en busca del cementerio renatal.

A finales de julio de 1971 regresé a Nicaragua de México urgido por la gravedad del padre. En el aeropuerto me esperaba el poeta Eudoro Solís. Partimos para el Hospital El Retiro y nos dirigimos a la habitación que ocupaba el padre; empujamos la puerta con mucho sigilo y nos encontramos con una de esas santas mujeres que lo protegía y cuidaba, Emilia Navarro. El padre reposaba o dormitaba en una incomodidad de alas y sábanas. Guardamos silencio, un silencio que se nos hacía dolor. En eso despertó. Al vernos sonrió y nos hizo señas de que nos acercáramos.

—¿Tu vienes de México?

—Sí, padre —y agregué que no hiciera el esfuerzo de hablar, pero contradictoriamente le pregunté—: ¿Cómo está? ¿Cómo se siente, padre?

Él me respondió con una voz y un raro tono fuerte:

—Pues, aquí aguardando la resurrección...

Aquella contestación nos dejó mudos e iluminados (mudos nosotros; iluminado él).

Nos despedimos rápidamente para no molestarlo más, le bese las manos, eso hace cincuenta años. Reitero: no es su muerte, sino su resurrección. Su pascua.

Yo conocí al padre por medio de Jorge Eduardo Arellano, que en meses anteriores le había llevado unos retratos lineales míos, que lo representaban.



Figura 1. Dibujos de Julio Valle-Castillo. Cortesía del autor.

El pater me correspondió con uno de sus cuadernillos navideños y esta dedicatoria:

Julio Valle-Castillo, Masaya bebe colores, muy agradecido por tu dibujo de alma de ángel, no el dibujado, sino el dibujante, con afecto del mismo Ángel s. j.

Y en verdad mucho de resurrección, de renacimiento, de nueva vida había sorpresivamente en aquel agonizante.

Atropelladamente recordé su «Romance del mantel de bodas», «La flor de café», su soneto del poeta como un novillo cimarrón. Silencioso iba pensando en su poesía tan culterana y moderna, tan española y tan nicaragüense, tan teológica como poética: el río San Juan, que era un torrente teológico, Río padre, Río hijo, Río Espíritu Santo. Río de la historia y Río –Jorge Manrique– que como la vida nos llevaba a la mar que es el morir.

Poeta español y nicaragüense con ecos de Juan Ramón Jiménez, del Romancero y de Zorrilla, tenía mucho de san Juan de la Cruz y fray Luis de León, más que de la Generación del 27 y del 36. Sus relaciones españolas las entabló ya en América con tres exilados: Rafael Alberti, León Felipe Camino y Emilio Prado. Si nació en Navarra, renació, según decía él, al contacto del nuevo mundo específicamente de Nicaragua («Nada canta en nosotros sino lo que amamos y Nicaragua canta en mí»).

Ya en 1947 enseñaba literatura en el Colegio Centroamérica del Sagrado Corazón de Jesús de Granada, estimulando vocaciones poéticas que a través de los años vinieron a tener relaciones filiales o fraternas. Cantó casi todas las ciudades de Nicaragua. Fue maestro de poesía y de poetas, como del ya mencionado Carlos Martínez Rivas y Mario Cajina Vega.

Enseñó a amar a la ceiba diosa madre y hembra, al gran lago de Nicaragua o Cocibolca, los crepúsculos que se levantaban de Chontales y haciendo un arco terminaban en Catarina. Esa era su hora:

Esta es la hora inquieta.
–¡Inquietadora!–
De cinco a cinco y media de la tarde.
Este desasosiego. Este angustioso
Mirar a todas partes,
Sin fijar en ninguna la mirada,
Y ver cerradas todas las salidas del día...

Paralelo a su poesía era un acucioso dariano. En la Universidad Centroamericana –UCA– de Nicaragua debe de existir un archivo sobre la vida y obra de Rubén Darío que él coleccionó. La poesía de Nicaragua sería otra sin Ángel. Todos los poetas lo circundaban y gozaban viendo su cuerpo delgado y sus gestos esqueléticos decir su poesía caminando de un lado a otro en una danza de sotana.

Tradujo al poeta también jesuita Gerard Manley Hopkins, «por lo cual habría que valorar a Martínez Rivas –según Ernesto Cardenal– acaso como uno de los introductores de Hopkins a la tradición moderna española y americana». Cardenal continúa y establece el paralelo:

El caso de Hopkins es muy parecido al del padre Ángel. Como poetas jesuitas, creo que ellos dos son las únicas dos grandes excepciones poéticas de la regla –rígida regla– de la Compañía de Jesús. En ambos se revela esa misma inquietud religiosa tremenda, poesía de penitencia y vencimiento propio: Caridad, Pobreza y Obediencia. La disciplina férrea de la orden, unida del vacío y del abandono de Dios que los ascetas conocen con el nombre de aridez espiritual. El caso de ambos poetas jesuitas es el drama del canto con la cruz a cuestas.

En Nicaragua colaboró en *Cuadernos Universitarios de León*, *El Pez y la Serpiente*, *La Prensa Literaria*, *Encuentro*, *La Prensa* y *Novedades Cultural*.

En la fiesta de su cincuentenario de haberse incorporado a la Compañía de Jesús, después de la misa leyó un poema circundado por Eduardo Zepeda Enríquez, Luis Rocha, José Cuadra Vega, Carlos Perezalonso, Felipe Mántica, Ernesto Gutiérrez, Julio Cabrales, Juan Aburto, Carlos Alberto Marín, otros que no recuerdo, otros jesuitas y yo, que era un escuálido mequetrefe. Allí leyó un poema que ratifica mi convicción de su resurrección:

Si es volar hundirme?
Quién me dirá cuando
es caída o vuelo?
Todo está en conseguirme,
todo está en el consuelo
de saber que caigo al cielo...

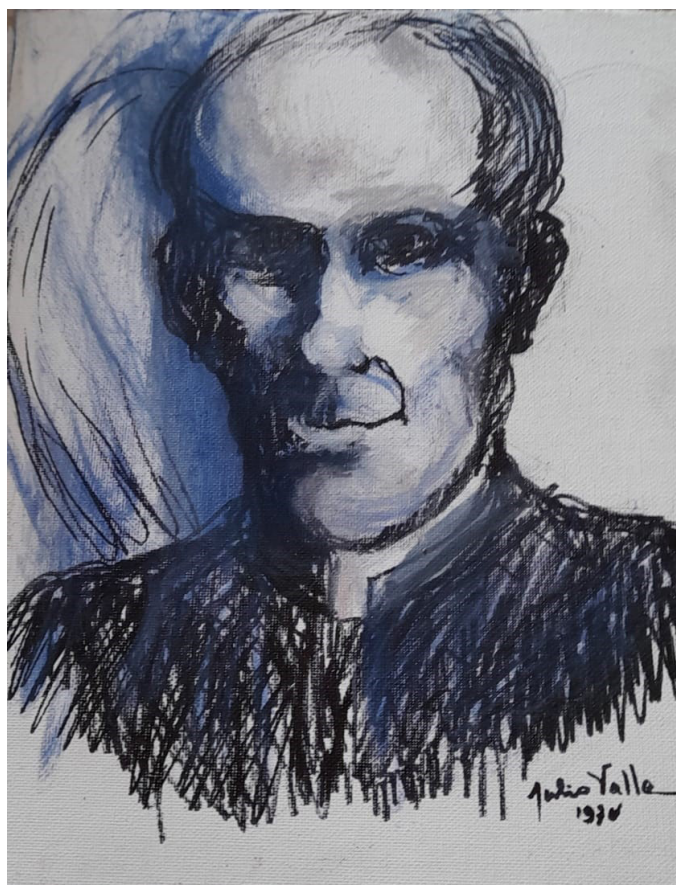


Figura 2. Dibujo de Julio Valle-Castillo. Cortesía del autor.

A su muerte o resurrección escribí un sonetejo de un aprendiz de diecinueve años que se arriesgó a sintetizar algunos elementos de su mundo poético y su ascensión a los cielos, el soneto:

EN VÍSPERAS DE LA FIESTA DE LA TRANSFIGURACIÓN
DE AQUEL A QUIEN ÁNGEL VA CEÑIDO ANTICIPANDO
LA SUYA EN ÉL, POR ÉL Y CON ÉL

Ahora que tienes tus alas desplegadas
en un precipitar tu río hacia la vida
que, sin vivirla en sí, estaba vivida
en el amor por aquella luz habitada

Es tu ausencia presencia resucitada
frente al tiempo y el olvido erguida:
secreta blancura de rosa encendida
y ancha ceiba súbitamente iluminada.

Torero, poeta, qué hombre este hombre
a capa, a sol, a voz, a filo de espada
gozando a plenitud la claridad del nombre,

A pesar de la «alegre alegría» de saberte
rebasando mañana en alba de llegada
dura banderilla me ensartó tu muerte.

Masaya, 1971

Años después, contemplando al padre tendido en su ataúd en el aula Juan XXIII de la UCA, la foto que disparara el jesuita Juan Bautista Arrien se me reveló y ratificó al padre como una Espada del Señor. Entonces escribí este poema:

ANTE UNA FOTOGRAFÍA DEL CADÁVER
DEL PADRE ÁNGEL MARTÍNEZ BAIGORRI, S. J.

A Juan Bautista Arrien

Ese rostro de perfil del muerto
es la empuñadura de una espada.
Sólo la garra del arcángel puede
alzarla y blandirla en el aire
(escuchen el fragor de las alas).
Esto es cierto. No es imagen ni metáfora.
No está en el ataúd yacente,
foto de hace 20 años. Está fuera de la vaina
tendido en su estuche de felpa.
No hay rigidez alguna. Desde el pescuezo
frágil es de una sola pieza en temple.
Este no es Ángel Martínez Baigorri, S. J.,
es la Espada del Señor que puede
partirnos de un solo tajo en dos,
dejarnos ciegos y derribarnos del caballo.
Prueba irrefutable del cielo.
Al fin, una foto. Esta es la fotografía
que documenta la existencia de Dios.

Managua, 10 de agosto de 1991

Yo creo que el padre era uno de los ángeles del Señor, espíritu puro que milenios antes de su nacimiento anunció la concepción de María, porque el Ave María que repetimos en castellano y que está escrita en alejandrinos solo un ángel como Ángel la pudo escribir.

Cincuenta años después «Se siente el vuelo y hasta se ven las alas».

Managua, 2 octubre, 2021

Dos evocaciones de Ángel Martínez Baigorri

Jorge Eduardo Arellano

Director honorario de la Academia Nicaragüense de la Lengua
(Granada, Nicaragua, 1946-)

I

Yo fui uno de los muchos alumnos del padre Ángel Martínez Baigorri en la Universidad Centroamericana, de Managua. Más que su cátedra de Literatura, en la cual enseñaba la raíz teológica de la estética, atraía su personalidad: plena de energía poética y poemática. Con él nos encontrábamos (aludo a otros como Iván Uriarte, más discípulo suyo que yo), en su habitación de la residencia jesuita «Villa Carmen», contiguo a la universidad. Allí transcurría el tiempo sin darme cuenta, transformado o transportado por su presencia. Un día me facilitó parte de su fichero rubendariano. Otro con una transcripción mecanográfica de su autopsia literaria y espiritual. Varias veces le pedí que me recitara «En silencio», acaso su mayor soplo lírico y místico:

Estás, pero no te siento.
Desde el fondo de mis ojos
Me miras y no te veo.
Me abrazas y no te toco.
Me hablas y es como una luz
Que en vez de voz se hizo gozo.
Triste de no hallarte en Ti,
Feliz de saberte en todo.

Del navarro Ángel Martínez Baigorri también guardo aquella cuarteta hexasílaba que le escuchaba en uno de sus momentos de purificadora malicia:

Flor de Nicaragua,
Álzate la nagua
Y con disimulo
Me enseñas... el pie.

Guardo sus dedicatorias angélicas, como él: un blanquísimo ángel luminoso que volaba al reino sideral latente de la poesía que estaba allí, enraizado en su corazón, en su gozo de solitaria alma sosegada. Guardo el recuerdo que tenía de mi madre colegiala, sepultada años después con cuatro de sus hijas, todos encantos vivos. Guardo su Navarra férrea que llevaba en la sangre y el pueblito Arellano, cuna de su padre y de mis más lejanos ancestros.

Guardo los ecos de sus homólogos en letras y alma que me mostraba en mis visitas sin tiempo: Gerard Manley Hopkins y su consuelo de la carroña; Maragall y Milosz, José Calasanz Luna y Bertrán, mi querido padre Bertrán de Barcelona. Guardo su corona de benignidad y *O bon Jesús do Monte*, el cantar de la ceiba sola y la flor del café, Santa María de Ostuma, o Nuestra Señora de los Horizontes; las manchitas de luceros y la noche en la que apuntaba el alba, la cumbre de la memoria y desde el tiempo del hombre.

Guardo el Halcón del Viento y el río San Juan trinitario y sin fin, con sus peces vivos y el gran pez: Ixis, Cristo, Hijo, Salvador. Guardo de Ángel –del pequeño, frágil ángel que iluminó a quienes recibimos la gracia de conocerle o de oírle– el canto de toda la Nicaragua que amaba. Porque, en verdad, solo el amor da luz al mundo.

II

La otra evocación no es mía, sino de Ernesto Cardenal (1925-2020), de quien Ángel fue su profesor literario en el Colegio Centroamérica de Granada, Nicaragua, y guía igualmente de su compañero de promoción literaria Carlos Martínez Rivas. En su estudio preliminar de la *Nueva poesía nicaragüense*, Cardenal especificó que el padre Ángel estaba ligado a nuestra poesía por la presencia de la naturaleza nicaragüense en sus poemas y «por haber despertado más que nadie una nueva generación en su clase de literatura en el Colegio de Jesuitas, y con su gran ejemplo poético sobre todo» (p. 89). Y agregaba:

Cierta suave influencia de la poesía andaluza con Juan Ramón Jiménez [1881-1958] que hay en sus poemas primerizos, podría engañar a un lector superficial, pero repasando bien en ellos siempre se encuentra una sobriedad, una disciplina de fondo y forma característica. Si con alguna otra obra española podríamos comparar esta extraña poesía, sería con la de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola [1491-1556], aparte de cierto descarnado conceptismo que a veces lo une estrechamente a Baltasar Gracián [1601-1658], pero, sobre todo, el parentesco más cercano de su poesía es con el gran poeta inglés, de su misma Orden religiosa, el árido Gerard Manley Hopkins [1844-1889], de quien ha hecho traducciones al español. El caso de Hopkins es muy parecido al del padre Ángel. Como poeta jesuita, creo que ellos son las únicas dos grandes excepciones poéticas de la regla –rígida regla– de la Compañía de Jesús. En ambos se revela esa misma inquietud religiosa tremenda, poesía de penitencia y vencimiento propio: castidad, pobreza y obediencia. La disciplina férrea de la Orden unida con las grandes agonías espirituales, con ese sentimiento

terrible del vacío y del abandono de Dios que los poetas conocen con el nombre de *aridez espiritual*. El caso de ambos poetas jesuitas es el drama del canto con la Cruz auestas (p. 90).

Todos nuestros paisajes han hallado su voz en el padre Ángel Martínez: el lago de Nicaragua, siempre ante su vista en la ventana de su celda, inseparable a su poesía; las ceibas abundantes en esa región, las garzas y las islas vecinas. En un caudaloso poema, *Río hasta el fin*, ha cantado casi en una epopeya al río San Juan. Desaguadero del lago el San Juan, es el eje de nuestra exigua nacionalidad, y con sus aguas corre toda nuestra historia, la conquista, la piratería, las invasiones extranjeras. Su canto al río es su canto a la historia de Nicaragua, la selva fabulosa, las ruinas históricas, los remeros anónimos que apenas turban la quietud de las aguas, la civilización arrasada por la vegetación y las lluvias. Este cuantioso poema, hondamente nacional, es la más exacta expresión de la inquietud nicaragüense, la inquietud del canal. Desde principio a fin, este canto descorazonado es una gran añoranza del mar. No hay una sola región, un solo paisaje nuestro que el padre Ángel no haya cantado, y por eso podemos considerarlo perfectamente como un poeta de nosotros, porque, como lo ha dicho él mismo: «No es que yo cante a Nicaragua: Nicaragua canta en mí» (p. 93).

¿Quién es Dios, Ángel en plenitud? ¿Cómo es el Dios que cantaste?

Víctor Manuel Arbeloa

Escritor

(Mañeru, Navarra, 1936-)

(Nota preliminar: Pongo en cursiva los versos tomados de los poemas originales de AMB, señalados en las notas, y en negrita los versos del estribillo)

Hace tiempo, Ángel, que no hablo contigo,
que no recito contigo tus poemas
–la poesía no se lee, se recita–,
que no rezo tus versos a Dios,
con Dios, contigo mismo.

Hoy he vuelto contigo a Lodosa;
he vuelto a San Salvador, Managua, México,
a la América hispana.
He vuelto a tu casa natal,
a tus parientes,
a tus hermanos jesuitas,
a tus colegas y amigos escritores,
a tus muchos discípulos,
que me hablan de ti,
de tus versos, de tus cosas,
de esos seres, donde tú a Dios veías¹⁶.

He vuelto –*in medias res*–
a tus poemas,
que eran el aire de tu vivir,
el signo total de tu existencia,
el otro y hondo lenguaje de tu ser,
la manera mejor
de hablar con Dios, el inefable,
el escondido omnipresente.

¿Quién es Dios, Ángel en plenitud?
¿Cómo es el Dios que cantaste?

¹⁶ Soneto «Por el ansia».

¿Todos los días son un solo día,
el mismo día, siempre igual, distinto?¹⁷
¿Todo se ha reunido en su Presencia:
la memoria de ayer y de mañana,
todo lo que era *sombra transitoria*,
en el *Hoy en Gloria* del Ser del Dios eterno?¹⁸

¿Ves todavía a *Dios oscuro en su figura*,
o es clara su oscuridad transfigurante?¹⁹
¿*Luz blanca solo en claridad sin término*,
ya no aquella luz remota, inaccesible,
sino *clara y fiel luz de una mirada*,
que en la luz de su luz os da la vida?²⁰

¿Quién es Dios, Ángel en plenitud?
¿Cómo es el Dios que cantaste?

¿Como un árbol de altura derramada
sube por su silencio su voz resonante?
¿Qué sentido tendría allí, en el cielo,
en un *cielo abierto inmensamente*,
el silencio divino perdido en tanta luz?²¹

Nunca te interesaron los vacíos
y el *Dios lleno* llenó tu mar de ausencias²².
Tu *conciencia de naufrago* encontró
el *centro azul* como refugio eterno²³.

Ángel de luz, que entre la Luz habitas;
Ángel que callas como el Dios a quien clamabas,
yo también grito desde la tierra al cielo:

¿Quién es Dios, Ángel en plenitud?
¿Cómo es el Dios que cantaste?

Pamplona, enero 2022

17 Soneto «Ya es otro día el mismo».

18 Soneto «Ser más».

19 Soneto «Ser todo».

20 Poema «Clara y fiel luz».

21 Soneto «Sin retratos».

22 Soneto «Lleno».

23 Soneto «Cayendo en tu presencia».

El Ángel en su vuelo

Marina Aoiz Monreal

Escritora

(Tafalla, Navarra, 1955-)

*Choqué contra la aurora y me hice sangre
En el alma. La aurora era divina.*

Ángel Martínez Baigorri

De lo soñado despierta
y alza el vuelo iluminado.
Un tenue batir de alas sobre el río,
una luz dorada entre las ramas,
un deslumbramiento en los ojos del alma,
sí, así llega depurada la palabra
de nuestro *Ángel sin tiempo*.

Caen a tierra rojos pétalos de rosa
tras un sutil roce de alas. ¡El Ángel,
el Ángel surge del brillo de la aurora!
El Ángel ve nacer el mundo en una hoja
y nos cuenta el prodigio. El Ángel
nos acoge entre páginas de trigo limpio
y sedosas amapolas. Él alza el vuelo.

Nos abraza el Ángel con palabras
compasivas. Y nos guía por una senda
nutricia hacia la llama que anuncia el día.
Flor de sangre, el sueño nos soñará dormidos.
Despertaremos en la luz de la blancura.
Vuelo de amor: batir de alas sobre el agua.
Voz de lo divino, testimonio y memoria.